



En el año 2035, los pocos seres humanos que quedan en el planeta viven organizados en comunidades bajo la superficie terrestre para evitar infectarse de un virus que a partir de diciembre de 1996 comenzó a exterminar a la especie. Allí, los científicos utilizan a algunos reclusos para realizar peligrosas labores de recogida de información en la superficie donde ahora los animales campan a sus anchas. Sin embargo, esto no es suficiente: el virus ya ha mutado. Por ello, desarrollan una tecnología que permite enviar a estos observadores al pasado para recuperar toda información relacionada con el virus que pueda ser de utilidad para confeccionar una vacuna que permita a la especie volver a habitar la superficie. El protagonista, James Cole (Bruce Willis), es uno de estos viajeros que pretenden contribuir al éxito de tal misión. Sin embargo, a lo largo de la historia nos iremos dando cuenta cómo algunos de los pasos que James Cole va dando contra el virus en el pasado son al mismo tiempo causas de su expansión. Este tipo de inversiones y rizos causales o paradojas temporales son las que nos esperan a lo largo de los 124 minutos de la distópica situación en la que nos sumerge *12 Monos* (1995), una de las obras más importantes del director Terry Gilliam y de la historia de la ciencia ficción. Basada en *La Jetée* del director y fotógrafo francés Chris Marker, *12 Monos* tiene la capacidad de hacernos reflexionar sobre una infinidad de temas. Entre ellos, nos invita a cuestionarnos qué debemos hacer y hasta qué punto estamos capacitados para actuar, e incluso si la propia acción es posible y, si lo es, en qué condiciones puede darse. Así pues, estamos ante un filme que no deja indiferente a nadie y que, en estos momentos, puede contribuir, no sólo al entretenimiento que ofrece su vertiginoso ritmo, sino también a plantearnos, gracias a su final relativamente abierto, qué cosas estamos o estuvimos haciendo bien o mal y, por supuesto, cómo debemos afrontar un futuro que, en principio, nos resulta tan incierto como seguro.

Francisco Javier Gutiérrez Cózar.